



IV. ORACIÓN EN COMÚN

- 12. Leemos en voz alta:

GRACIAS PORQUE NOS LLAMAS

En tu silencio acogedor,
nos ofreces ser tu palabra
traducida en miles de lenguas,
adaptada a cada situación.

Quieres expresarte en nuestros labios,
con susurro tierno al enfermo terminal,
o con grito valiente que sacuda la injusticia
y libere a otras personas de la ignorancia.

En tu respeto a nuestra historia,
nos ofreces ser tus manos
para tocar, servir, trabajar y producir;
lavar, curar, consolar o abrazar,
llegar en la caricia de los dedos
que alivia la fiebre sobre la frente
o enciende el amor en la mejilla.

Pones en nosotros tu confianza,
y nos envías a recorrer caminos.
Nos llamas a ser tus pies y acercarte
a las vidas marginadas;
con pisadas suaves para no despertar
a los niños que duermen su inocencia,
y pisadas fuertes para bajar a la mina
o llevar con prisa una carta perfumada.

Nos llamas a ser tus oídos,
para que tu escucha tenga rostro,
atención y sentimiento.

Para que no se diluyan en el aire
las quejas contra tu ausencia,

las confesiones del pasado que remuerde,
la duda que paraliza la vida,
y el amor que comparte su alegría.

Gracias, Señor, porque nos necesitas.
Gracias porque confías.
Gracias porque nos llamas.
Gracias porque recibimos de tu amor,
nuestra hermosa vocación.

- 13. Terminamos cantando el Padrenuestro.



I. MOTIVACIÓN: EL DIOS QUE SUEÑA Y LLAMA

Dios sueña. Nuestro buen Dios, cuyo rostro hemos conocido en la persona de Jesús de Nazaret, es *Dios-que-sueña*. Esto lo sabemos porque podemos contemplar, en Jesús, al *soñador* apasionado por el Reino de Dios, y Jesús mismo nos dice: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (*Jn* 14, 8-9). Así que nuestro Padre Dios sueña con pasión.

Y tú eres parte del sueño de Dios. Dios te ha soñado y has sido llamado a la vida para llegar a ser quien Él sueña que seas. Por eso, orar es entrar en su presencia, para estar con Él y en Él. Oramos tomando conciencia de que habitamos en su amor soñador que nos hace vibrar y nos contagia para que soñemos también como sueña Jesús. Oramos, porque hemos puesto nuestra confianza en el anhelo de Jesús. Oramos porque Jesús confía en nosotros y nos invita a ser parte de su anhelo de amor y justicia, de nueva humanidad en todas partes. Oramos porque Jesús nos llama y nos invita a estar con Él. Oramos para estar con Jesús y sintonizar con su corazón soñador.



Oremos para indignarnos con lo que a Jesús indigna cuando exclama “Ay de vosotros...” contra quienes practican, en nombre de Dios, la hipocresía y el abuso (Mt 23, 14-36).

Oremos para actuar con valentía y como actúa Jesús cuando se enfrenta en el templo a quienes buscan sólo su propio beneficio a costa de lucrarse con la fe de los demás (Jn 2, 13-22).

Oremos para amar; con ese amor apasionado que siente Jesús hacia Dios. Ese amor que le hace soñar que sea Dios quien reine en la vida, aun por encima de sus gustos y deseos personales. Ese amor por el que puede exclamar primero “Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa, pero no sea como yo quiero, sino como quieras tú.” (Mt 26, 39) y después, en medio de la más honda angustia y dolor, poder seguir gritando ¡Elí, Elí! ¿lemá sabactaní?, esto es: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?» (Mt 27, 46). Sólo por pasión es que Jesús pudo morir gritando: «Padre, en tus manos pongo mi espíritu» (Lc 23, 46). El amor apasionado de Jesús le hace anhelar que Dios reine, lo mismo cuando hay serenidad y certezas que cuando hay dolor y confusión. Que Dios reine y sus deseos se cumplan en la historia, en todos y cada uno de los momentos más significativos de la vida humana... Desde el nacimiento hasta lo más misterioso de la muerte.

Oremos para amar, con el amor apasionado de Jesús, a las personas, a la creación toda. En los gestos de Jesús descubrimos los gestos del Dios apasionado por la vida, por la libertad, por la justicia, por la fraternidad y por el amor hasta el límite. Jesús ama y pasa la vida haciendo el bien. Devuelve la vida a Lázaro (Jn 11, 1-44), al hijo de la viuda de Naím (Lc 7, 12ss); se desvive sirviendo y curando (Mc 6, 31ss), incluye en su vida a los marginados y rechazados (Lc 7, 36-40; 10, 29-37; 15, 2) y consuela y anima sin cesar diciendo “no tengan miedo” (Mt 10, 26).

Por eso también es que en Jesús tenemos el modelo a seguir en la vida: Él modo de ser y relacionarse consigo mismo en libertad, de relacionarse con Dios en la plena confianza, de relacionarse con los demás en el amor fraterno y en la amistad generosa y el modo de relacionarse con la creación en la responsabilidad y la solidaridad. Queremos vivir un momento de oración que nos ayude a estar con Jesús y, en su presencia, dejar que el Espíritu nos humedezca el corazón de Dios y su sueño apasionado por la humanidad.

II. DISPOSICIÓN

1. Nos situamos en un lugar agradable, propicio para estar en paz. [Hay que tener un cirio o vela grande encendido y una vela pequeña para cada integrante del grupo que hará la oración.]

2. Tomamos una postura corporal que nos ayude a estar serenos y atentos a la vez. Respiramos profundamente y nos relajamos. Dejamos a un lado todo cuanto nos distrae en este momento y ponemos la atención en Jesús que está en nosotros y entre nosotros.

3. RECUERDA: Jesús llama con confianza a su Padre y nos invita a confiar como confía Él en Dios. Jesús llama confiadamente a sus hermanas y hermanos a seguirle y nos invita a vivir como Él. Por eso, nos disponemos para orar, permitiendo que el Espíritu Santo aliente nuestra confianza y encienda en cada corazón el fuego de su amor. En un breve momento de silencio, cada quién se dispone y pide al Espíritu Santo que le ayude a orar.

4. Escuchamos en silencio la canción: “Tan sólo he venido” (Juan Luis Guerra) y dejamos un momento para degustar y disponer el corazón para el encuentro con Jesús.

5. Nos unimos y decimos: “Espíritu Santo, regálanos hacer oración porque queremos experimentar la llamada confiada de Jesús para aprender a soñar y amar como Él”.

III. MEDITACIÓN – ORACIÓN PERSONAL

6. Alguien lee en voz alta el siguiente texto:

Al día siguiente, Juan se encontraba de nuevo allí con dos de sus discípulos. Fijándose en Jesús que pasaba, dice: «*He ahí el Cordero de Dios*». Los dos discípulos le oyeron hablar así y siguieron a Jesús. Jesús se volvió, y al ver que le seguían les dice: «¿*Qué buscáis?*». Ellos le respondieron: «*Rabbí* –que quiere decir, “Maestro”– ¿dónde vives?». Les respondió: «Venid y lo veréis». Fueron, pues, vieron dónde vivía y se quedaron con Él aquel día. Era más o menos la hora décima. (Jn 1, 35-39)

7. Cada persona del grupo medita en silencio dejando que resuene alguna de las palabras o frases del texto que hemos leído. [Dejamos un momento en silencio con música suave de fondo].

- “*Fijándose en Jesús que pasaba*”.
- “*...y siguieron a Jesús*”.

- “*Jesús les dice: ¿Qué buscáis?...*”.
- “*Maestro, ¿dónde vives?*”
- “*Venid, y lo veréis*”.
- “*Fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él...*”.

8. ¿Qué palabra te llama más la atención?... ¿Qué te dice o a qué te invita...

9. alguna persona lee en voz alta:

Amigos que anuncian

*Señor Jesús:
Quisiste elegir amigos que compartieran tu misión.
Te preguntaron: “¿dónde vives?” y les dijiste: “Venid y lo veréis”.
Estuvieron contigo y fueron tus amigos también
en el anuncio de tu evangelio.
Y llamaron después a otros para estar contigo
y realizar en tu nombre el Reino.
Sigue convocando hoy a amigas y amigos que se
fijen en ti, te sigan y se queden contigo.
Que se sientan amados por el Padre, seducidos
por ti y alentados por el Espíritu.
Que opten por ti, porque Tú eres bienaventuranza.
Que para quienes queremos seguirte, Tú seas siempre nuestra suficiencia.
Que no tengan miedo de entregarse a ti y de dar la vida en
tu nombre y desde tu amor a quienes más les necesiten.
Que sean para sus hermanas y hermanos en la Iglesia, y para
la humanidad, tus amigos y amigos de las víctimas; tus seguidores,
discípulos de tu amor que te anuncian desde la contemplación
y te hacen presente por medio el trabajo apostólico.
Quédate con nosotros siempre, buen Jesús.*

10. Cada quien enciende una pequeña vela como signo de que queremos que se mantenga encendido el corazón con la confianza en Dios.

11. Podemos compartir en voz alta nuestra oración: “Gracias buen Dios porque...”.

